

Fermín Salvochea en vísperas de «La Gloriosa»: aproximación ideológica

JOSÉ MARCHENA DOMÍNGUEZ
Universidad de Cádiz

La subida a la presidencia de Narváez en julio de 1866, a ritmo de Estado de Excepción y de Real Orden que suspendía las garantías constitucionales, inició prácticamente el último capítulo del accidentado reinado de Isabel II.

La insurrección definitiva estaba próxima y, con ella, el fin de una larga serie de gabinetes moderados, exceptuando el bienio progresista y los gobiernos de O'Donnell, que no pudieron solucionar los graves problemas económicos y sociales que el país venía arrastrando desde la caída del antiguo régimen.

Varios fueron los grupos y sectores de población que cooperaron en la consumación revolucionaria; uno de ellos, formado por teóricos y activistas escindidos del bando Progresista desde 1849, que reivindicaron nuevas ideas de tintes republicanos y socialistas premarxistas; en Cádiz, el Partido Demócrata —así se denominaron— comenzó sus trabajos en la década de los sesenta, fecha en la que encontramos inserto a uno de sus más activos militantes: Fermín Salvochea Alvarez (1).

De familia comerciante acomodada, tuvo a los quince años la oportunidad de estudiar en Inglaterra, so pretexto de su formación comercial, algunos teóricos como Paine, Robert Owen o Charles Bredlow. Se-

(1) Para consultar los estudios acerca de Fermín Salvochea, v.: MISTRAL, E., *Vida revolucionaria de Fermín Salvochea*. Valencia, 1937; ROCKER, R., *Fermín Salvochea: precursores de la libertad*. Toulouse, 1945; VALLINA, P., *Crónica de un revolucionario con trazos de la vida de Fermín Salvochea*. París, 1958; MORENO, I., *Aproximación histórica a Fermín Salvochea*. Cádiz, 1982; PUELLES, F., *Fermín Salvochea, República y Anarquismo*. Sevilla, 1984, y BREY, G., y otros. *Fermín Salvochea. Un anarchiste entre la légende et l'histoire*. Saint-Denis, 1987.

gún Vallina, de estos tres teóricos tomó Salvochea la base de su doctrina ideológica; del primero, su concepción internacionalista, y de los dos restantes, a los que conoció personalmente, las ideas comunistas y ateas respectivamente.

Su regreso a Cádiz le posibilitó contactar con el grupo Demócrata Gaditano en 1863, coincidiendo con su despegue definitivo en las principales ciudades, tanto a nivel organizativo como propagandístico. EFectivamente Salvochea pasó a formar parte del Comité Democrático de Cádiz, en un momento en que el partido se planteaba el retraimiento electoral, y en el que Roque Barcia atacaba desde el órgano gaditano *El Demócrata Andaluz* las doctrinas del Neocatolicismo, en uno de los momentos más brillantes de la prensa demócrata gaditana.

Sin embargo, los sucesos acaecidos por el pronunciamiento en el Cuartel de San Gil, la implicación de los sectores políticos más radicales y la Real Orden antes referida, supuso la emigración de importantes elementos progresistas y demócratas a Francia y Portugal, donde siguieron con los preparativos revolucionarios.

Entretanto, el grupo revolucionario gaditano desarrollaba en la clandestinidad la organización de un objetivo que ya se veía cercano, gracias al acercamiento entre los sectores populares y los políticos antiisabelinos por un lado, y a los generales progresistas y unionistas junto a gran parte de las guarniciones militares de Cádiz, San Fernando y Ceuta, por otro (2).

Si bien los trabajos y preparativos eran desempeñados personalmente por los activistas, que exponían continuamente sus personas con viajes a Ceuta y la provincia gaditana, la prensa también fue perseguida por vía legal, lo que no desmereció el talante valiente y luchador de los «supervivientes», que en palabras de Eduardo Benot «desarrollan como propaganda activa y eficaz /.../ sin cesar de repartir el credo democrático». Así, la escasa prensa con participantes demócratas, o bien era clandestina, o bien se escudaban bajo artículos literarios sin compromiso ideológico, la mayoría de las veces bajo seudónimo o iniciales.

En 1867, y bajo este clima, nacía el «periódico de intereses materiales, ciencias, literatura, costumbres y teatros» *Revista Gaditana*, dirigida y editada por Víctor Caballero y Valero, siendo el único título disponible en Cádiz donde aparecen colaboradores demócratas. Figuraron, entre otros articulistas de diverso credo, los demócratas Narciso Cam-

(2) Sobre el Partido Demócrata Gaditana, v. Tesis de Licenciatura de JOSÉ MARCENA DOMÍNGUEZ, leída en la Universidad de Cádiz, marzo de 1987.

pillo, Ambrosio Grimaldi, Pedro Canales, José Sanz Pérez, Buenaventura Abarzuza y Fermín Salvochea.

Fue el último sin duda el más prolífico de todos, escribiendo durante la segunda mitad de 1867 y el primer trimestre de 1868 diecisiete artículos, donde a la exquisita forma literaria se le sumaba un original y depurado matiz crítico, sin perder en ningún caso la ironía y el humor sarcástico.

El tema social es tratado por Salvochea de forma pormenorizada. Su conexión con las ideas de Owen y Cabet de un individuo bueno por naturaleza, alterado por la mala estructuración y el desequilibrio social —idea esta de tradición ilustrada—, queda plasmado en sus escritos:

«El poco ambicioso, el que se contenta con muy pequeña cosa se le llama ladrón, y la sociedad le condena: al emprendedor, al que quiere mucho y si no se lo den lo toma, se le apellida conquistador, y la sociedad le acata y venera».

Este desequilibrio, viene básicamente otorgado por el afán personal de superar y aparentar ser más que el otro, en un modelo social donde para Salvochea, no media ningún tipo de consideraciones ni prejuicios, tal que «buscando la felicidad se mataban los hombres /.../ sin pararse a reflexionar que cada cual de los combatientes la tenía en los labios». Los objetivos sinceros y válidos del hombre en sociedad se van tergiversando por la degeneración de valores; en cierta forma, la idea de Fourier de una sociedad regida por las pasiones divinas y naturales, siempre amenazada por la moral social, entroncaría en este postulado:

«Las magnéticas palabras aurora, igualdad, paz, lealtad, riqueza y felicidad /.../ han producido siempre maravillosos resultados /.../ hasta hacerle olvidar sus más sagrados deberes /.../ El afán de lograr lo que no tenemos nos hace olvidar el bien que disfrutamos; siempre parece más colmada la mies en el campo ajeno; más abundante en leche el rebaño vecino. Deseos, inconstancia, orgullo y fanatismo...».

Es la realidad de una actitud social que a la postre para Salvochea, tendría consecuencias funestas al descubrir que, «la adulación y la hipocresía, ídolos de la fanática sociedad, querían lucir sus galas, y sus galas no eran más que harapos, si se examinaban a la luz de la verdad /.../ Desgraciado del que se engañase en descorrerlo, porque ¿qué es lo que vería? ¿qué sería a los ojos de la sociedad? Un laberinto, un infierno» (3).

(3) *Revista Gaditana*, 16 y 30 jul. 1867, 24 ago. 1867 y 16 ene. y 24 feb. 1868.

Prueba de esta denuncia a la situación social, la encontramos en varios ejemplos y comparaciones simbólicas; la simple conversación entre dos ciudadanos sirve de excusa para mostrar una pincelada de este desajuste de valores:

«D. Jorge y D. Simeón son enemigos irreconciliables. El uno daría un ojo de muy buena gana por dejar ciego a su antagonista; pero la sociedad exige que al encontrarse estos bienaventurados haya aquello de "cuanto me alegro de verlo a V. siempre tan guapo" ...».

En otros casos habla de la vida social como «un bonito viaje, y nosotros muy felices... cuando llegamos a tierra, que el mar cuesta muchas lágrimas aunque le llamen pacífico»; también llega a hablar de su propia infancia para criticar las desarcetadas motivaciones adquiridas para con la vida, o de un niño que va percibiendo los distintos templos /realidades/ de la vida y como se va desarrollando: un jardín que es un lienzo, el amor que es lisonja; la llegada de otros más positivos, como la constancia y la amistad no evitan el ennegrecimiento por la ingratitud, lo que le obliga a huir a una llama en extinción llamada honor. Este contraste fourierista entre pasiones y moral social queda rematado por una serie de cuestiones: «¿qué queda de la vida? ¿qué queda de esos bienes que me ofrecías, seductora sociedad? Por tí he perdido la paz de mi retiro; en aras de tus ideales he sacrificado hasta mi corazón. Soñé con el amor, y me engañaste; creí en la amistad, y me vendiste; confié en tu honor, y tu honor no era más que humo ¿qué me queda que esperar, o qué me queda que padecer?».

También Salvochea encuentra tema en un teatro donde con supuestos cánones shakesperianos, el escenario es la sociedad, el público los que pagaban y los artistas quienes cobraban. En él eran previsibles cambios inesperados; «...tan pronto es uno gentil a secas, como gentil hombre; ayer rendido amante y vil seductor mañana; esclavo, gran señor y capitán de bandidos en tres escenas del mismo drama».

Dos argumentos más sirven de escenario para describir nuevos aspectos sociales: el primero, el símil de los retales, donde una vez más localizamos el concepto de la pasión fourierista, para criticar la crisis de valores en la realidad social. Así, «la vida es un vestido de Arlequín. En ella /.../ hay multitud de telas. Abundan las de menos precio y escasean las de valor. Un pedacito de inocencia /.../ otro mayor de ambición con esperanza /.../ otro pedazo de amor /.../ otro pedacito de gratitud /.../ un retazo chiquito de amistad /.../ una tiritita de honradez /.../ dos deditos de justicia /.../ un pedazo grande /.../ de desengaños». Del segun-

do, una alegoría del Carnaval como exponente de las pasiones y realidades auténticas del individuo, que paradójicamente se tachan de convencionales, frente a la cultura y a la moral social:

«En el baile de máscaras, en el llamado farsa, la sociedad no ejerce poder alguno sobre los asociados: un pedazo de cartón ha reconquistado a la humanidad su libertad perdida /.../ cada máscara es un cómico que harto de fingir un año entero, quiere decir en libertad lo que su corazón siente /.../ ¡Y a esto se llama farsa! ¡Y a la que dura todo el año se le dan pomposos nombres de cultura y de ilustración! /.../ se llama farsa al Carnaval porque en él no tiene entrada la lisonja, ni llaman la atención los títulos /.../ sólo en Cárnaval nos es permitido ver» (4).

Tras estos planteamientos teóricos, Salvochea penetra con sus artículos en el tejido social que va desgranando todos aquellos detalles que centran su revisionismo.

Sobre el tema de la moda, lo aprovecha para ironizar en una de sus vertientes a la vida burguesa gaditana, cuya predisposición para ponerse a punto del paseo —por ejemplo—, lo hacen a base de privarse de necesidades. Así, el comerciante que les ve pasar hacia la Plaza de Mina, duda que no tengan dinero para pedirle fiado.

Sin perder el sentido irónico y de humor característicos, se mofa de las exigencias del vestuario y su sentido aparentador y económico; también lo hace de otros gastos burgueses de moda, como los viajes a capitales europeas o los cambios de viviendas y mobiliarios.

Sobre el primer caso, Salvochea hace una relación de prendas con sus correspondientes comentarios:

«Una mantilla francesa de bolillos	Rvn. 3.000
Vestido de raso con blondas y adminículos	1.600
Abanico de moda y por consiguiente de dos caras	640
Pendientes que a muchas dejan colgadas	6.000
Pañolón de China con muñequitos bordados como aquel de la ganga	3.200
Un corsé francés con todos los bigotes de una ballena	140
Unas enaguas de miriñaque y otras de breaña	220
Pachulí, guantes, medias gallegas, botas de colombiano o zapatos de orillo; es igual, no han de verse	72
Pañuelo de estopilla olanada clarín	50
Tt.-14.922»	

(4) Ibídém, 30 jul., 24 sep., 8, 24 y 30 oct. 1867 y 24 feb. 1868.

En su lugar plantea una lista alternativa visiblemente más austera, con la consiguiente enseñanza de limitar los costes superfluos (5).

El tema de las festividades y celebraciones se empapa en esta ocasión en Salvochea, de realidades demokrausistas, al considerar al estado liberal «enfermo» y plagado de bases ideológicas que jerarquizan sus fines y funciones.

De esta forma critica el consumismo y la artificialidad de fiestas de justificación religiosa, como la Navidad, que «nos lo dice el almanaque y nuestros enemigos /.../ la miseria humana debe hacer un paréntesis para que la tierra deje de ser alguna vez valle de lágrimas /.../ época anti-económica y subversiva, a la que en vez de llamar carga a la bayoneta, da el nombre de pascuas los que cobran y ascuas los que pagan /.../ con vestir de máscara el corazón y fortalecer el espíritu con espíritu de vino, se ven hasta visiones».

Al otro lado de las celebraciones burguesas y de la misma forma, Salvochea cuestiona la filosofía y maneras de los velatorios y funerales y con ello, el ideal ante la muerte. Una actitud que para éste, sigue denotando el interés y la ambición social en modalidades como la herencia:

«¡Qué hace V. Tío! ¡salir tan de mañana en un día como hoy!
—Hombre que quieras. Me aburro en casa, y luego el día no me parece tan malo como dices.

—El Norte es malísimo, si señor, muy malo, y V. debe cuidarse.

—Si hombre pero no tanto.

—Toda precaución es poca. Si un capricho costase a V. una enfermedad... Sólo de pensarlo me horrorizo.

Lo que le horroriza al sobrino es la idea de perder la herencia».

Califica a los velatorios como «actos dramáticos», y «entreactos» a los ofrecimientos que allí se suelen dar:

«... buenas tazas de caldo y algunos tragitos de loa añejo, que a tragos se ha de pasar la vida, se da el pomposo título de tente en pie, como si una mujer y viuda por añadidura, necesitase de estimulante para tenerse en pie /.../ como las grullas».

La actitud de apariencia y ostentación social se mantiene en el mun-

(5) Ibídем, 16 jul. 1867 y 8 feb. 1868.

do burgués prácticamente hasta el final de la vida. Para Salvochea, la celebración de los difuntos no es sino una parte más de esa parafernalia:

«Las luces se apagan; los encargados de la pompa mundana despiden a los sepulcros de sus atavíos, y la dispersa comitiva se reúne para abandonar este lúgubre recinto. Una sola idea la condujo, la ostentación: está ya satisfecha y... se retira. La farsa de hoy ha concluido. La sociedad se divierte con los vivos, todo el año; con los muertos, el dos de noviembre».

En general, queda planteada una actitud de rechazo, ante la irreabilidad de los valores sociales predominantes de una burguesía que se ahoga en su propia insulsez y que inunda con ello todo cuanto la rodea; Salvochea recapitula y cuestiona, «¡qué podéis esperar de una sociedad tan justa que mide sus más pequeños movimientos por la utilidad que de ellos aguarda; tan prudente que si goza aparenta sufrir, y si sufre aparenta gozar; y tan metódica que por regularizarlo todo, tiene hasta días señalados para reir, y días señalados para llorar?» (6).

El segundo bloque temático tratado por Fermín Salvochea dentro de la crítica al sistema, es el referente al dualismo social hombre-mujer (7).

Su planteamiento de crítica a la inferioridad femenina ante un varón que la esclaviza, coincide en su práctica totalidad con las ideas desarrolladas por la escuela fourierista. No obstante, en contra de lo que solían escribir los fourieristas gaditanos en sus artículos y versos, tratando el asunto con una seriedad y objetividad reivindicativa, Salvochea rompe esta dinámica optando por un estilo irónico y sarcástico, describiendo situaciones imaginarias y ridículas, que al fin del caso pretendían decir todo lo contrario. Solamente carga tintes de seriedad en el tema de la prostitución:

«Niéganse a una infeliz huérfana los /.../ recursos para vivir pero / se le muestra como / un Edén el camino de la prostitución. ¡Es tan fácil

(6) Ibídem, 30 jul., 8 ago., 8 y 30 oct. y 24 dic. 1867.

(7) El tema de la mujer como reivindicación social, fue introducido a mediados del siglo XIX en la provincia gaditana por los socialistas utópicos —en especial los fourieristas—, a través de traducciones de autores como A. J. Davis o Czinski, y de escritos de los primeros fourieristas gaditanos, como José Bartorelo, Margarita de Celis o Josefa Zapata, que publicaron sus artículos en revistas como *El Pensil de Iberia* y *La Buena Nueva*.

engaños a una inocente abandonada! /.../ la lucha es desigual y la joven queda vencida /.../ al vil seductor la sociedad le alarga la mano, cubriendo el delito...».

Se plantea en primer lugar un muestreo real de los papeles asignados para el hombre y la mujer que generan unos comportamientos concretos, con una impronta de exageración por parte del articulista, concediendo «al hombre la fortaleza /.../ para / ellas / la belleza y la debilidad /.../ la sola definición de los dos sexos envuelve un principio reprobado por la sana razón, y sin embargo sirvió de base al edificio social /.../ la sociedad ha hecho de cada hombre un maniquí».

A continuación, las reflexiones de miedo y respeto hacia la «poderosa influencia de la mujer» da pie a una ironía que hace de las suyas:

«ciertas cosas / con el título de / cosas de sociedad, han llegado a la categoría de leyes /.../ y el bello sexo es el tribunal /.../ no queda a los pobres asociados más recursos que cerrar los ojos y dejarse gobernar».

Tal cantidad de «poderes femeninos» justifica en el varón una actitud de control y dominio a la mujer, deseando «tengamos al bello sexo en nuestro favor», o bien suprimiendo sus mejores armas «...que ni minta, ni enrede, ni murmure, ni tenga visitas, ni pida dinero /.../ un collar sin cascabeles».

En una línea más desenfadada aún, asigna un nuevo rol al papel social de la mujer con proposiciones feministas, graciosamente intercambiados con el hombre:

«La mujer en el nuevo orden social /.../ no tendría esa importancia que ella misma ha querido darse. Deber suyo será correr tras el amante /.../ rondar día y noche la calle de su futuro señor y dueño, darle serenatas, declararle su pasión y batirse /.../ para atrapar un marido».

Varias son las comparaciones y símiles a los que Salvochea las somete.

Así, de llamarla «capitana generala», pasando por ser una planta que pendula desde la belleza temprana hasta la mustiedad.

Desde un hipotético contexto parlamentario, ridiculiza su papel tradicional de objeto:

«¡Qué gusto dará ver a trescientas mujeres discutiendo los presupuestos para que nada les falte /.../

—Que hay una declaración de guerra.

—Como una de amor, sobre poco más o menos.

—Un pienso al caballo de batalla, y brida en mano.

—Que se acercan doscientos mil rusos a la frontera.

—Bien, ¿y qué? doscientas mil mujeres sobre la frontera y sobre los rusos.

Sorprendamos a la diplomacia el más importante de sus secretos, el de jugar sin perder.

—Que caen los rusos prisioneros. Claro que es que ganamos.

—Que cargan los rusos con las doscientas mil mujeres. Feliz viaje y que escriban Vds. en llegando. Quedamos en paz».

Queda también ridiculizado su ideal estético, personificado por un ejército de mujeres de años entrados, que reivindican la derogación de ser el «feo sexo» a un periódico —la propia *Revista Gaditana*—. La cabecilla se va despojando de pelucas y rellenos hasta que se descubre ser «una suegra» (8).

Es este personaje uno de los más tratados y castigados por Fermín Salvochea, viendo en ella símbolos y exponentes del viejo esquema social, trasnochado e inservible.

Amén de compararla burlonamente con una tarántula venenosa, un gallo de pelea o una enfermedad, le asigna unas funciones concretas en el cosmos social:

«Su misión sobre la tierra es servir de guerrilla en las primeras escaramuzas de amor, de guardia de honor en el casamiento y de tribunal supremo en las querellas matrimoniales /.../ deben gozar, sin contribución industrial ni de comercio, todos los fueros y privilegios concedidos al bello sexo de que forma parte».

A su juicio, la solución de este «problema» pasaría, como todo lo referente al esquema egoísta y degradante de la familia monogámica en buena lógica fourierista, por una desaparición integral de la misma; solución que como es habitual en estos artículos se la despacha satíricamente:

«¡Es una suegra! ¡Qué horror! /.../ debe morir señora /.../ no hay remedio /.../ ¿no han engañado ya bastante? /.../ el público llorará como viuda rica, es decir, muy poquito, pero convencido de que en circunstancias críticas, hay que adoptar medidas extraordinarias».

Esta solución de ruptura, pasa también por la que asocia a la suegra como fin y objeto primordial: ser catalizadora del emparejamiento amoroso.

(8) v. *Revista Gaditana*, 30 jul., 8 sep., 8 oct. y 30 nov. 1867, y 16 ene. 1868.

El pretendiente de turno no puede evitar el temer «...a una de esas señoras antediluvianas; de esas señoritas que nunca han sido jóvenes ni nunca quieren ser viejas que /.../ las vemos nosotros, las vieron nuestros padres y las vio Noé a su salida del Arca /.../ monumentos históricos que /.../ caja de truenos /.../ guarda en conserva para aterrizar a los desdichados amantes».

Al final el pobre varón ha tenido que pasar por los suplicios y exigencias sociales con el amor, y además de gastos y más gastos desde el primer contacto hasta la boda, contrae varios síntomas crónicos:

«Náuseas al fijar la vista en una mujer que pase de cuarenta años; desvanecimiento de cabeza al oír hablar de matrimonio; risa convulsiva si se presencia el entierro de una vieja y /.../ el bolsillo como cañón de órgano».

Efectivamente la economía, caballo de batalla social de primera mano, es criticada por Salvochea en otras variantes como los bienes inmuebles o la institucionalización de la dote. Si por un lado «...las casas de los pobres no son buenas, y como la sociedad no ofrece más que lo bueno», por otro «...el empuje de una suegra / está / en razón directa del dote de la niña /.../ porque el ídolo del mundo es el dinero» (9).

Otros temas de matiz social son tocados en menor medida, pero con el mismo empaque crítico: la infidelidad como realidad reconocida en el seno de la pareja burguesa —Salvochea habla de «doncella para todo» y de «seductor»—, o el tema sanitario, cuya situación refleja de caótica y peligrosa para la seguridad de los pacientes, ante una inoperancia profesional que no menoscaba sus honorarios:

«Yo no puedo vivir así, dice Doña Estefanía a su doctor. El doctor que no comprende la enfermedad, sale del mal paso con achacarla a los nervios y los pobres nervios /.../ cargan con el muerto sin apelación. Doña Estefanía quejándose de los inocentes nervios, va liquidando su casa de ahorros, mientras el buen doctor rellena la suya con los nervios de Doña Estefanía».

Sus cualidades de «matasanos» e «hipócrita hipocrático», quedan bien reflejadas en estos pasajes:

«Mejor será que pongamos a la infeliz en manos de un doctor. Es recurso muy gastado, pero, no hay remedio; morirá /.../ tiene unos ojos que matan: doctora en medicina y cirugía le diremos».

(9) Ibídem, 8 ago., 8 sep. y 30 nov. 1867, y 8 marzo. 1868.

No falta además un toque de atención al problema económico-laboral: de la figura del «mustio y triste» cesante, a la cuestión del enchufismo y la recomendación que parodia con un tal Don Dimas, que va a pedirle a Salvochea le haga un memorial para solicitar de un gato sea contratado en un depósito, a costa del recorte de asignaciones a los demás gatos / obreros /. La situación queda rematada así:

«—Sólo temo el que dirán.

—¿Y qué podrán decir?

—¡Una friolera! Dirán y con muchísima razón que ha llegado hasta los gatos el afán de pretender» (10).

Todas estas variantes críticas y precisiones que Salvochea aporta sobre el esquema social burgués, se resumen en dos grandes objetivos: en primer lugar, una ruptura del orden social existente, en aras de otro más real y lógico:

«¿No es un código social el que nos esclaviza? Creamos una nueva sociedad y un nuevo código, y olvidemos esas rancias teorías que nos han conducido a la angustiosa situación en que nos vemos /.../ dejen que cada cual viva con arreglo a su posición social, sin exponer a un hombre de bien a que comprometa sus intereses y acaso los ajenos por satisfacer exigencias ridículas».

La necesidad de romper apariencias y ostentaciones sociales viene dado, según Salvochea, por la necesidad de vivir de acuerdo con las posibilidades reales:

«Combatiremos ese necio empeño de crear a cada paso jerarquías que obstruyen el buen reparto de una composición dramática / buen modelo social / y privar al público / sociedad / del gusto de verla bien ejecutada /.../ nos duele mucho decir lisa y llanamente que la miseria lo ha invadido todo: porque nos avergonzamos de aparecer tales cuales somos en realidad /.../ confesemos pues que somos pobres y acaben para siempre esos papeles de comedias que tantos sinsabores cuestan».

Estos requisitos no son posibles sin la ruptura, en segundo lugar, de uno de los principales agentes de esta realidad social: la familia. Ello viene dado por un rechazo a la institución matrimonial y por una disgregación de los elementos componentes del clan, pues para Salvochea

(10) Otra vertiente de su crítica a la cuestión sanitaria; se vierte en el sistema homeopático; resulta extraño esta crítica, cuando dicho sistema era por entonces una de las innovaciones en el terreno de la medicina, y sus resultados positivos eran refrendados en Cádiz por profesionales como el doctor de ideología fourierista José Bartorelo. Cfr. MARCHEMA, J. Tesis citada, p. 171.

la «felicidad posible, es indudablemente la de vivir sin casarse y sin la fatal pasión a que llaman familismo /.../ lejos, pues, de nosotros esa plaga de suegras, hermanos, primos y parientes que sólo deben tener cabida en papeletas mortuorias» (11).

En otro lugar de sus artículos, Salvochea desarrolla otro bloque de tipo ideológico y político, en el que, entre otros, ironiza al sistema parlamentario de «hablar mucho para nada», y aparecen alusiones indirectas de hechos trascendentales, como la desesperada situación del país, a través de diversos nombres de mujeres:

«Por lo dicho vendrás en conocimiento de que no hay que contar con Paz, Refugio, Consuelo ni Remedios. Sólo queda en casa Angustias, Dolores y Virtudes /.../ a Prudencia cuéntala con los muertos».

En otra ocasión, un diálogo sirve de nuevo para ironizar la situación estructural española: crisis política, económica, social y sanitaria, considerando el modelo tocado y caduco:

«Pues hábleme V. de robos, de calamidades, de miseria, en fin, de cosas de España, y ya verá mi serenidad.

—Que viene el cólera.

—¿Se aumentará por esto la contribución? ¿no?

Pues que venga cuando le den la gana.

—Que hay sarna.

—Eso es precisamente lo que nos hace falta, sarna que rascar.

—Que se susurra algo de hambre.

—Me parece muy bien; yo estoy por la igualdad. ¿Dónde hay paciencia para sufrir que este grito estomacal sea privilegio exclusivo de cesantes y de exclaustrados?, no señor, nada de prerrogativas. El hombre no debe ser patrimonio de ninguna familia ni persona.

—Que se suena algo de peste.

—Son ya tantas las cosas que a mi me apestan, que por una más o menos no he de andar con melindres.

—Que murió Doña Tecla.

—Tanto mejor; ya dio con la tecla de su marido.

—Que no hay una peseta.

—Ni un cuarto tenía Noé y llegó a ser Naviero».

(11) Entre las soluciones que jocosamente da Salvochea, como vía alternativa al matrimonio, está la de meterse a soldado, ejercitarse en gimnasia, vivir en despoblado, ocultar el dinero y «... no pronunciar el monosílabo sí por más mono que parezca y aunque tras él se vislumbre a la felicidad vestida de gala». Ibídem, 24 y 30 jul., 8 ago., y 8, 24 sep. 1867, y 16 ene. y 8 marz. 1868.

El desengaño de Progresistas y Demócratas tras los sucesos de «San Gil», hacia los gabinetes moderados o incluso hacia los unionistas —cuya fusión hacia la causa revolucionaria no estaba clara—, podría ser reflejado en estos fragmentos:

«Todos los lazos que los ligaban a la sociedad las hicieron pedazos por vosotros, porque gritabais justicia y de esta palabra esperaban mucho bien. ¡Y habeis tenido valor para engañar a criaturas tan leales! Si, lo habéis tenido. Es verdad que lo tendísteis la mano de amigos, pero también es verdad que esa mano encerraba un veneno que mata, y ellos aceptaron la mano y el verano /.../ igualdad, fraternidad, justicia y libertad, resuenan por todas partes /.../ al compás de sus cadenas /.../ ninguno conoce que las promesas /.../ son narcóticos en doradas copas y su soñado porvenir la muerte».

Salvochea se deja llevar por los postulados del socialismo utópico, al definir a un hombre que, bueno por naturaleza, «ahoga el grito de su conciencia y encallece su corazón», no pudiendo Dios otorgarle las pasiones ni la razón, optando así por el egoísmo y la degradación:

«El fanatismo disfrazado /.../ convirtiendo en autómatas a seres racionales /.../ hasta hacerle olvidar sus más sagrados deberes. Hombres que habían nacido para amarse se han despedazado como fieras /.../ se rebela el hijo contra el padre por creencias».

Esta degradación humana se traduce en su dimensión social a un bloqueo y falta de entendimiento entre sí / expresión / y a un egoísmo propio que genera el culto a la violencia / beligerancia /.

«Una palabra mal dicha o mal interpretada ha sido la causa de todos los disturbios, que han armado al hijo contra el padre y el hermano contra el hermano /.../ Hemos inventado armas para dar muerte en el menor tiempo posible el mayor número posible de nuestros hermanos /.../ nos han enseñado la manera más segura de adquirir a costa ajena los gores que constituyen a nuestro entender la felicidad de la vida /.../ ¿hemos logrado ahogar las más puras inspiraciones de nuestra alma, reconociendo en el egoísmo la única llave del corazón? ¿Hemos hecho algo en favor de la humanidad? ¿Las justas exigencias de nuestros hermanos están satisfechas?».

Los postulados de tipo demócrata también aparecen, como lógica respuesta al rigor militante de Salvochea, y a las necesidades de propaganda en el momento ya descrito.

A las proclamas clásicas del «Manifiesto de Abril», la reivindicación de derechos, libertades y constitución, se unen diversas experiencias y ejemplos tomados del Evangelio que en buena ortodoxia demócrata, salpican algunos artículos:

«Muchos y muy grandes son los peligros que nos cercan, pero la causa que defendemos es santa, y el cielo debe ayudarnos en tan grande obra. No corremos tras cruces, ni calvarios /.../ no queremos más recompensas que las bendiciones de los inocentes /.../ ¿qué es la muerte para el esclavo? El último eslabón de su cadena. El principio de la felicidad ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Justicia! /.../ ¿Y no os avergonzáis de pronunciar unos nombres tan sagrados? ¡Libertad! A la sombra de esa constitución tantas veces jurada, dominan tranquilos unos inocentes creyendo poder gozar sin zozobras los derechos de pacíficos ciudadanos; pero vosotros turbásteis su sueño. ¡Igualdad! Confiados en ella os dieron el dulce nombre de amigos; velaron por vuestra hacienda; sacrificaron a vuestro capricho miras de ambición, vínculos de familia».

En algunos casos, preceptos del Evangelio tales como las bienaventuranzas, se mezclan de ideas y valores fourieristas, como la dualidad pasión-moral y el concepto de miseria humana:

«Veamos si /.../ los muertos encuentran lo que el mundo no me dá; algo bueno /.../ dichosos los que sueñan despiertos. Ni la opulencia les embriaga, ni la ambición los ciega, ni la miseria los esclaviza /.../ porque ya no tienen que temer ingratitudes, perfidias y desengaños y porque /.../ han dejado a la puerta del sepulcro todos los harapos de la miseria humana».

La irrupción en la década de los sesenta en Cádiz, de los principales impulsores del movimiento krausista, Alfonso Moreno Espinosa y Rómualdo Alvarez Espino, generó una corriente favorable de fuerte arraigo en la ciudad, en especial, en los círculos pedagógicos e intelectuales; labor que tendrá sus frutos coincidiendo con el inicio de la restauración borbónica. El krausismo, que postulaba por una reforma integral del hombre, la sociedad y las instituciones, a través de la idea de la razón, en el ámbito de la religión y la naturaleza, tomaba en parte aquella idea de encauzar al mundo en un principio unitario, que abarcara astros, plantas, animales y hombres; por ello cada uno de estos elementos debía ser respetado, lo que generó toda una corriente protectora de animales y plantas. Corriente esta que fue asimilada por muchos teóricos, como el propio Fermín Salvochea al referirse al sacrificio de los perros callejeros, otorgándoles cualidades y virtudes carentes en el propio hombre:

«¡Y se hablará de fieras! ¡Qué mayor fiereza que el mismo hombre! /.../ ¿Quién os dio el derecho de destruir una de las mejores obras de la creación? ¿no caben por ventura en el mundo unos seres que nacieron para hacer las delicias del hombre? ¿no queréis tener un verdadero amigo y compañero en este valle de amargura? /.../ halagáis a la mujer y

dáis muerte al amigo verdadero! al servidor fiel, al que daría por vosotros su vida y cien vidas» (12).

Constatamos algunos fragmentos de indudable contenido filorrevolucionario que denotan un desenlace, o al menos, una preparación de la insurrección muy avanzada.

En una alusión directa a Cádiz, Salvochea derrama de su pluma grandes dosis de dramatismo y desesperación:

«Cádiz, la heróica Cádiz, la que en medio de las borrascas que agitan a la Europa entera, había sabido huir de los escollos y evitar el naufragio, acaba de perder en un momento de error los hermosos títulos de culta y católica. Rotos los diques que la religión y las leyes oponían al desenfreno y al libertinaje, por donde quiera que volvamos los ojos, no vemos más que lágrimas, ruinas, desesperación y sangre. ¡Qué cuadro tan horroroso presenta una ciudad sembrada de cadáveres!».

Otras reflexiones, entre agosto y diciembre de 1867, denotan cierto desánimo y nos dan una idea de la revolución con apariencia de empresa difícil y lejana, debido quizás al intento fallido de agosto-septiembre del mismo año:

«No me preguntes ya cuando concluirán los plácemes, norabuenas, felicitaciones y aguinaldos /.../ es preciso que el sol salga de su retramiento y lejos de eso, continua muy tranquilo echándose fresco /.../ para dar con esa señora, sería necesario armarse de muy buenos instrumentos astronómicos y dar un paseo hacia el Cabo de Buena Esperanza, y con todo y con eso quizás no viésemos al cabo más que la buena esperanza, y esa convertida en tierra».

No obstante, otros escritos del mismo período, bajo la tapadera de criticar la muerte de unos perros callejeros, expresan una fuerza reivindicativa y alentadora, e intenta contagiar y provocar la fiebre revolucionaria por cambiar el sistema vigente:

«El reinado de la verdad ha de empezar por un trompetazo, y para darlo se necesitan alas. Por no tenerlas ha habido tantos mártires /.../ a vista de tantos crímenes la sangre hierva en nuestras venas; el corazón quiere salirse del pecho y para mayor dolor ni aún llorar podemos ¿Por qué, pues extrañar, que aceptando todas las consecuencias de nuestro arrojo, nos presentamos hoy como defensores de los desgraciados /.../ inocentes, cuyos derechos vamos a reclamar; pero si en tan sangrienta

(12) En esta dinámica krausista de defensa de los animales, critica a la Navidad por el sacrificio multitudinario de «...dos millones de bichos de pluma». *Ibidem*, 24 y 30 jul., 24 y 30 ago., 8 sep., 24 oct. y 24 dic. 1867 y 8 mar. 1868.

lucha quedásemos vencidos, quizás otros siguiendo nuestros pasos con mejor fortuna y menos obstáculos, lograran afianzar el reinado de la paz sobre la tierra, y derramaran una lágrima de gratitud sobre el sepulcro de los primeros adalides /.../ una voz del centro de la tierra nos gritaba venganza, y su eco resonaba por el espacio /.../ se reanimaron nuestras fuerzas debilitadas /.../ y en todo el valor que infunde la desesperación juramos no descansar hasta exterminar a los opresores. Las sangres de las víctimas humeante todavía, reclama el castigo de los culpables. La hora de la expiación ha llegado, miserables. Si la justicia humana olvidase su deber, un poder sobrenatural abriría las tumbas; se animarían de nuevo los restos de tantos inocentes, y ellos mismos lavarían con vuestra sangre la mancha que habéis echado sobre su preclara progenie» (13).

En suma, definimos la labor de Fermín Salvochea en estos artículos anteriores a la revolución de septiembre de 1868, como la elaboración de una teoría, que, salpicada de conceptos e ideas fourieristas, demócratas y krausistas, preconiza un nuevo orden social, partiendo de una ruptura con lo establecido; en especial lo referente a los valores sociales, el dualismo hombre-mujer y la célula familiar monogámica. Los sometimientos de la Imprenta a una dura legislación durante el período del reinado de Isabel II, hacen este balance teórico de Salvochea en la *Revista Gaditana*, equiparable en Cádiz y su provincia, a los escritos societarios de Ramón Cala, publicados en 1866 en la *Revista Vinícola Jerezana* (14).

(13) Ibídem, 24 jul., 24 ago., 24 oct. y 24 dic. 1867.

(14) Cfr. MARCHENA, J. Tesis citada, p. 126.

Revista Cádizana.

PERIÓDICO

DE INTERESES MATERIALES, CIENCIAS, LITERATURA, COSTUMBRES

Y TEATROS.

DIRIJIDO POR D. VICTOR CABALLERO Y VALERO.

SUMARIO.

Punto en boca, por D. F. S.—Nocturno, por D. Juan Clemente Zenea.—Poder del agua, por el mismo.—Pensamientos y máximas, por D. Luis Valero.—Las nubes y el viento, por D. Francisco López de Beñas.—Algunas consideraciones sobre el carácter distinto del agua, M. J. de Juan Jiménez Beltrán.—El vapor y la electricidad, por D. Ramón Sanjurjo.—Despedida, por D. Vicente de Tocino.—La Almazara del Peregil, por D. F. F. A.—Crónica de la semana.—La Civilización, por A. de L.

PUNTO EN BOCA.

Cada cual es muy dueño de decir lo que se le antoje; será capricho, necesidad, manía, hasta locura si se quiere, pero yo no puedo remediarlo; nadie me quitará de la cabeza que el don de la palabra es el origen de la mayor parte de los males que nos rodean. Y no se me diga que la facultad de hablar fué, como muchos creen, el regalito de boda que hizo á nuestros primeros padres el Supremo Hacedor. Ni en aquellos felices tiempos había la perniciosa costumbre de hacer regalos, ni Dios pudo pensar en affligir al hombre con nuevas calamidades. Cuando como por vía de ensayo, ó sin duda, y es lo más probable, con el fin de irlo metiendo desde chiquito en los tristes de contrabuyente, le había sacado una costilla, que es como si dijéramos, la primera contribución de innuables. No ha sido por cierto mal mueble la tal costilla: pero dejemos á un lado los huesos y vamos á lo que importa.

Lo que hubo fué, y no me desmentirán los periódicos de aquella época, que reconociendo Eva su poco mérito, porque en efecto era muy poco, como sucede á todo lo que se hace de retozos, y deseando sacar algún partido, mujer al fin echó mano de la serpiente como de un maestro de lenguas, para poder decir cuatro piropos á su marido, quien no tenía todo lo de Salomon, por la sencillísima razón de que Salomon no había nacido todavía. Habló por fin mamá, y engañó á papá. Por esta moda no pasan años.

Me parece que lo dicho hasta y sobra para probar que el don de la palabra no tuvo el preclaro origen que algunos le atribuyen. Resta saber si desde el paraíso hasta nuestros días ha desmentido su infernal estirpe el supuesto regalito.

De él, como de una plaga, se valió el mismo Dios cuando quiso castigar en la torre de Babel el orgullo de los pedantes. ¡De tan atrás viene esa fama! Si

lo que allí pasó fué ó no de trascendencia, con dar una vuelta al mundo saldremos de la duda. A estas horas no hemos podido entendernos: continuamos en Babel sin novedad; pero dejemos las torres porque á ciertas alturas es muy fácil perder la cabeza, y examinemos la llanura que no es tan llana como parece.

Si echamos una rápida ojada desde la muerte de Abel hasta la revolución de Francia, que, entre paréntesis, es una señora ojada, siempre hallaremos que una palabra mal dicha ó mal interpretada ha sido la causa de todos los disturbios, que han armado al hijo contra el padre y al hermano contra el hermano. Y si desde los asesinatos á mano armada pasamos á los que hacen sin armas los podadores del género humano, médicos, para que todos me entiendan, no podremos menos de encontrar una palabra sirviendo siempre de escudo, parapeto ó muralla real para jugar á mansalva con los que ignoramos la epidémica fraseología de los Hipócrates y de los Galenos.

—Yo no puedo vivir así, dice doña Estefanía á su doctor. El doctor que no comprende la enfermedad, sale del mal paso con achacarla á los nervios, y como los pobres nervios no encuentran letrado que los defienda, cargan con el muerto sin apelación. Doña Estefanía quejándose de los inocentes nervios, va liquidando su caja de ahorros, mientras el buen doctor rellena la suya con los nervios de doña Estefanía. ¿Qué mala del Perú ha dado mas plata que los nervios?

Serpentina por todas partes otra palabra muy parecida á los vinos viejos. Con cuatro letras, que equivalen á cuatro gotas, se trastorna el cerebro mejor organizado. Tiene treinta y seis grados cubiertos como el mejor aguardiente catalán, y como él, alegra en el primer momento y da sueño en seguida; debilita á unos; á otros enloquece. El número de sus víctimas se cuenta por el de sus prosélitos, y, sin embargo, en el sentir de los contemplativos es un destello de la divinidad: este la llama alimento del alma; aquél ánchora de salvación: para paladeares poco delicados, es dulzura. Uno nos la presenta en figura de niño antojadizo; entretenido, en agujerear corazones, como si el corazón fuese zaranda ó rayador de queso: otro mas prudente y menos confiado la pinta en figura de perro perdiguero, y no falta quien crea que es un fantasma para ahucinar á los incautos; pero en tan confuso laberinto ¿á quién hemos de dar crédito? Si me fuese licito dar

mi palotada, no titubearía en decir que la tal palabra, calcinada ante todo, debería estar entre los *mineros* botes de un farmacéutico con orden expresa de no despedazar ni un dracma, sino en ciertos casos desesperados, que desesperado y algo mas es inenester hallarse para necesitar un dracma de amor.

Si desde los males que atfigen á naciones enteras damos un salto á los que hormiguan en las casas de vecindad, que no es salto tan mortal como parece, siempre hallaremos los funestos resultados de ese don tan ponderado.

Perico el feo, tiene *cuatro palabras* con Curro el de los rizos, y de sus resultas Satanás cargarán con el feo, y los escribanos, que se agarran de un pelo, cargarán con los rizos de Curro y con Curro por añadidura. Mientras parece que por *cuatro palabras* se den á todos los diablos dos amigos!

Encarnación la chata, honra del barrio, cree como artículo de fé, *una palabra* que le ha dado su Paco, pero bien pronto la honra de Encarnación anda, como su nombre, de boca en boca por todo el barrio, y se queda la Chata con un palmo de narices, porque el buen Paco no quiere dar mas que palabras. La gente de alta sociedad suele hacer lo mismo que Paco, pero las palabras de la alta sociedad son *palabras de honor*, lo que quiere decir que la alta sociedad tiene otro juego de palabras.

Magdalena la monona, flor y nata de las esposas, dice sencillamente *una palabra* á su compadre: el marido la toma por donde quema, y aunque Magdalena llorando mas que una Magdalena, jura y perjura que no hay tales carneos, riñen los compadres: la Monona deja de ser flor y nata, y el esposo carga con otras esposas que la justicia le regala, porque dió un mete y sacá á su compadre á consecuencia de la palabra que á la comadre se le antojó decir.

Pues si desde las palabras sueltas pasamos á las frases, hallarímos muchas muy seductoras y muy inocentes á primera vista, pero examinadas detenidamente, pierden de inocencia lo que ganan de seducción.

—Para alquilarme su casa don Restituto me exige un fiador,—dice doña Prudencia á don Clemente.—Querrá V. echar una firmita por mí? Dá la casualidad que esta buena mujer, que tiene el atrevimiento de llamarse Prudencia, es tía de una linda muchacha de ojos negros, á ninguno se le ocurre que una firma pueda ser mas negra todavía. No queda pues, á mi señor don Clemente otro recurso que tonar la pluma y dejarse desplumar por doña Prudencia, quien se queda tan hueca como si hubiese dado con el movimiento continuo. Bien es verdad, que para una tía, esto de vivir por cuenta de los ojos de su sobrina vale seguramente algo mas que el movimiento por continuo que sea.

—¿Quiere V. pasar el rato? dice don Modesto á su amigo Daniel: jugaremos un burro. Como el principal papel se cede por política al invitado, jugando con él al burro pasan el rato don Modesto y los compañeros de don Modesto, y el amigo Daniel se encuentra sin saber cómo, en el lago de los lobos.

Pues porque estas frases y otras parecidas á estas me hacen temblar, hay quien me llama cobarde. ¡Cobarde yo! Yo no soy cobarde, no señor; tengo dadas pruebas de valor, me he casado, y por donde quiera que V. me busque, encontrará en mi todo un hombre. Si se me dice que el turco baja, me quedo tan tranquilo como si no bajase, y si el que baja no es turco sino el tres por ciento, yo impasible siempre. Bien

es verdad que como nunca he querido tratos con infieles, pocas ó ninguna relaciones tengo, á Dios gracias, ni con el turco ni con el tres por ciento.

Pues hágale V. de robos, de edamidades, de miseria, en fin, de cosas de España, y ya verá mi sencidad.

—Que viene el cólera.

—¿Se aumentará por esto la contribución? ¿Nó? Pues que venga cuando le dé la gana.

—Que hay sarna.

—Eso es precisamente lo que nos hace falta, sarna que rascar.

—Que se susurra algo de hambre.

—Me parece muy bien; yo estoy por la igualdad. ¿Dónde hay paciencia para sufrir que este grito estomacal sea privilegio exclusivo de cesantes y de esclaustrados? No señor, nada de prerrogativas. El hambre no debe ser patrimonio de ninguna familia ni persona.

—Que se suena algo de peste.

—Son ya tantas las cosas que á mí me apestan, que por una mas ó menos no he de andar con miedres.

—Que murió doña Tecla.

—Tanto mejor; ya dió en la tecla su marido.

—Que no hay una peseta.

—Ni un cuarto tenía Noé y llegó á ser naviero.

Pues un hombre de mi temple, un hombre que sin lisonja, pudiera pasas por un Napoleón, se echa á temblar como un chiquillo cuando oye decir.... pero no, no lo oiga yo.

No asusta un toro á Ponce y se quedaria tamañito si oyese el tronpetazo, precursor de la *inmóvil media luna*. Perdóname el señor Abdul Khan segundo. No intimidan las balas al militar aguerrido y valiente ante una orden de reemplazo. No causan pavor á una doncella las asesanzas de cien monentes gavilanes, y la sola idea de morir con palma le hace aborrecer.... hasta los dátiles. Pues una cosa muy parecida me sucede á mí cuando me dicen: *monono mio, yo te adoro*. ¿Sabes tú, carísimo lector, lo que quiero decir este *monono mio* tan dulce y tan seductor? ¿Sabes tú lo que cuesta en estos tiempos llegar á merecer el nombre de *monono*? *Monono mio*, en boca de una mujer es un compendio de las plagas de Faraón, es el sistema tributario al daguerrotipo. ¿Qué letra á la vista, qué pagare vencido, qué papeleta de premio apremia tanto como un *monono mio*?

Quiera Dios que llegue un día en que gobernantes y gobernados se convenzan de que siendo el don de la palabra la causa de todos los males que nos atfigen, no queda mas recurso que levantar una nueva bandera que lleve por lema

PUNTO EN BOCA.

F. S.

NOCTURNO.

NOCHE TEMPESTUOSA.

A mi amigo Nicolás Arcárate.

Murió la luna:—el ángel de las nieblas
Su cadáver recoge en blanca gasa;
Y en un manito de rayos y tinieblas
El Dios del huracán envuelto pasa.

Revista Gaditana.

PERIÓDICO

DE INTERESES MATERIALES, CIENCIAS, LITERATURA, COSTUMBRES

Y TEATROS.

DIRIJIDO POR D. VICTOR CABALLERO Y VALERO.

SUMARIO.

El afán de pretender, por D. F. S.—Poesías, por D. Juan Clemente Zenes.—Soneto, por D. Julian Ríos.—Melodias helálicas, por Lord Byron.—La Peña de Marías, continuación, por D. José Lamurique de Novo.—De casta le viene al galgo, proverbio, por D. Roberto Iraso y Palavicino.—Crónica de la semana.—Mirabeau, por Victor Hugo.

EL AFAN DE PRETENDER.

Como cada enal tiene sus manías, á mí me dió dos de chiquito por escribir bien, es decir, por hacer letras muy bonitas. Me parecía que con esto tenía lo bastante para adquirir un nombre. Esta era otra de mis manías, y son dos.

Muy poco tiempo bastó para conseguir, entre mi familia se entiende, el título de pendolista. Convine saber que mis padres regalaban al maestro el día de su santo y el del mío su durito columpio, porque en aquella época no había por fortuna más napoleones que el capitán del siglo; su pavito por pascuas; la velita el día de San Casiano, y otra mayor el de la Concepción. En cambio me daba él en calidad de reintegro, por supuesto, una medallita con cinta de medio listón, que yo le devolvía *á ocho días vista*, con listón entero; siempre *crescendo*.

Con este sistema de compensaciones el maestro quedaba tan contento, y yo lloraba de gozo, viendo en cada medalla, no las particulas del pavó y de los mejicanos, sino el premio debido á mi talento. Desde entonces me muero por las condecoraciones. Otra de mis manías y son tres.

Sali de la escuela, y como para pedante no me faltaba ya mas que subir un escalon, lei *el Bertoldo, la Atala, el Arte poética fácil* de Masdeu, y *las cartas de Abelardo y Eloisa*. Con tan vastos conocimientos me consideré desde luego otro Horacio Flaco, aunque en honor á la verdad la consideración no era muy exacta, porque á la edad de quince años pesaba yo 5 arrobas y 7 libras netas. Sin embargo, desde aquella época empecé á llamarme literato. Esta es otra de mis manías, y van cuatro.

Empecé por escribir la cuenta del gasto diario, que me daba el mozo, y algunas epistolas amorosas que yo le daba á la moza. Esta manía, que he lla-

mado siempre *la capitana generala*, me ha dado mas malos ratos que todas las otras. De aquí proviene sin duda mi aversion á todo lo que huele á tropa.

He querido principiar, por mi biografía, porque me parece de sumo interés conocer á quien se habla.

Sabiendo ya Vds. de buena tinta hasta donde llega mi erudicion, no estrañarán les diga que soy el paño de lágrimas de todos los pretendientes. Se presenta en el paseo una cara bonita. Ya estoy rodeado de amigos, que me piden, no la niña, sino una declaración de amor para la niña.

—Hombre, que no la conozco!

—No importa, ¡tú que escribes tan bien!

—Y qué escribes? responde en seguida, orgulloso al ver que mi fama ha llegado hasta las personas, que me necesitan.

—Cualquier cosa, hombre. ¡Es encantadora!

—Te parece que la llamemos *satélite de Cupido*?

—Perfectamente.

Tiene unos ojos que matan.

—Doctora en medicina y cirujia, le dirémos.

—Robe los corazones con su sonrisa.

—La amenazarémos con dar parte á la policia.

—¡Bien, muy bien; como cosa tuyal!

Yo me sonri al considerar que mis cosas son cosas, que gustan á todo el mundo, y continúo echando flores á mi bella desconocida en cambio de las que me echa mi amiga sin conocerme á fondo, ó mejor dicho, por conocerme demasiado.

Llega esa época anti-económica y subversiva, á la que en vez de llamar *carga á la bayoneta*, dan el nombre de *pascuas* los que cobran, y el de *ascuas* los que pagan. Ya tiene Vd. mi casa hecha un jibilo. El sereno quiere una octava, real por supuesto, un soneto el cartero, y el repartidor de periódicos, mas matemático que aquellos, una décima para diezmar á la población, y entre ellos que piden, y yo que escribo, sembramos el luto y la desolacion por todas partes, quitando al mas prodigo hasta las ganas de serlo.

Vaca un destino ó retoña otro viejo, y.... jaqui fué Troyal! ¡Cuántas caras, verdaderos retratos de la que tiene cara de hereje! ¡Qué gritos! ¡Qué confusión! Mas fácil me parece hallar la cuadratura del circulo, que convencer á un pretendiente de que no tienen razón para pedir lo que pide. Pero yo escribo, que es

mi manía; ellos solicitan, que es la suya; y sucede por lo comun que ellos y yo perdemos el tiempo, manía muy española, y muy generalizada entre nosotros.

Que entre tanto pretendiente habré tenido lances originales no hay para qué jurarlo.

—Yo soy turco, me decía uno.

—No como hoy mas que tocino. Si quiere Vd. acompañarme....

—Lo que quiero es ser fiel....

—Difícilillo me parece.

—Del matadero.

—Ya no me parece tanto.

Solicito, me decía otro, un privilegio para vender píldoras, que curan todas las indigestiones.

—Tenemos en España medicina mucho mejor.

—Cada cajita una onza de oro.

—No es mala píldora. ¿Y qué nombre tienen?

—De los cuatro ladrones.

—Pondrémos de los cinco si Vd. es el encargado de venderlas.

Pero entre todos los aspirantes, el que más me ha llamado la atención es uno que.... ¡Quién podías figurarse que D. Dimas!... Supongo que Vdes. sabrán ya quién es D. Dimas? Pues tan formal y todo, con sus espejuelos azules y su peluca, se presentó en casa, y como segun me dijo, parece que en el presupuesto del depósito hay una asignación para.... ¡Ahí está nata lo que venia pretendiendo! Pero no desfiguremos los hechos. La conversación tuvo lugar en los términos siguientes.

—Servidor de Vd.

—Beso su mano.

—Vd. estrañará que sin conocerle me tome la libertad de pedirle.... Pero ¿qué es eso? ¡Se pone Vd. pálidol! ¿Le ha dado á Vd. algo?

—Es un achaque que padeczo desde la extraordinaria de guerra.

—Pero si yo le hable en sana paz.

—En sana paz, y empieza Vd. pidiéndolo.

—Tranquillese Vd.; no se trata de dinero.

—Me ha vuelto Vd. el alma al cuerpo.

—El caso es que, yo tengo una morisca, á quien quiero como á las niñas de mis ojos.

—No es Vd. el primero que en materias de amor se pasa al moro.

—Y como es muy natural, deseo proporcionarle una colocación decente y productiva.

—Hable Vd. á cualquiera de los empresarios de teatros. De mujeres estamos muy mal.

—Es que mi morisca no declama; lo que hace es cazar.

—Se ha educado en Inglaterra?

—No señor, en un convento.

—¡La morisca! ¡Está Vd. seguro de ello?

—Como que yo mismo la saqué.....

—¡Y qué piensa Vd. hacer con esa infeliz?

—Quisiera que entrase en el depósito.

—En el depósito! No puedo comprender....

—Si por medio de un memorialito consiguiéramos que la asignación señalada á los gatos en el presupuesto, recayesse toda entera en mí protegida.... ¡Cazadora como ella, con dificultad han de encontrar!

—Pero, ¡hombre de Dios! ¡Qué me está Vd. diciendo? ¡De quién me está Vd. hablando?

—¡De quién he de hablar! De mi gatita; de la morisca.

—Yo escribir para una gata! Ni que Vd. lo piense.

—Pero....

—¡Adonde vamos á parar si hasta las gatas se nos vienen con exigencias!

—Pues si Vd., que tiene tanto talento, quisiera....

—Y ¿qué podría hacer? Vamos á ver. ¿Quién escribe hoy un memorial sin recopilar servicios anteriores, padecimientos, emigraciones?...

—Ella emigró del convento el año 35.

—Ya eso es algo.

—Desde entonces ha pasado muchas hambres.

—De ese mérito no debemos hacer mención. Teníamos muchos competidores. Mejor será echar mano de su árbol genealógico.

—Su madre fué morisca también. Esto debe darle cierta importancia....

—Seguramente. Heredar hoy aunque no sea mas que el color de nuestros mayores, siempre es algo.

—Su padre fué maltés.

—No diga Vd. mas. De fijo es cazadora. ¿Y el pelo que tal?

—Corto y fino.

—Y el ojo?

—De pretendiente.

—¿Y olfato?

—De cesante.

—¿Cara?

—De pocos amigos.

—Y de género, qué tal?

—Es española. En dándole de comer, materia dispuesta para todo.

—Vamos á lo mas esencial. ¿Cómo estamos en cuanto á uñas?

—Perfectamente; aunque cortas muy finas, porque para evitar el roce continuo, no tenido la precaución de cubrirlas con un guante finito.

—¿De cabritilla? ¡Magnífico! ¡Magnífico! Que solicite, que pida, que exija. La morisca de Vd. acabará con toda la gente roedora.

—Con que, si Vd. gusta, empezaremos el memorialito.

—Solo temo el qué dirán.

—¿Y qué podrán decir?

—¡Una frívola! Dirán y con muchísima razon que ha llegado hasta los gatos,

EL AFAN DE PRETENDER.

F. S.

ORA PRO NOBIS.

Muere el sol; la noche llega,
Su manto el áura desplaza,
La luna empieza á nacer,
Todo al reposo se entrega....
Niña, ¿qué debes hacer?

Debo acercarme á la orilla
La ligera naveccilla,
Doblo el hombro descansar,
Doblo dormir la aveccilla,
Y una alma buena rezar.

Quién sabe cuántos tiranos
Maltratan á tus hermanos,
Y cuántos gimon á solas,
Y cuántos alzan las manos
Buscando apoyo en las olas!

Ruega, ruega y en tu anhelo

Revista Cádizana.

PERIÓDICO

DE INTERESES MATERIALES, CIENCIAS, LITERATURA, COSTUMBRES

Y TEATROS.

DIRIJIDO POR D. VICTOR CABALLERO Y VALERO.

SUMARIO.

Brochazos, por D. F. S.—Los «espropositos» de una patrona, por D. Juan Martínez Villergas.—Teatro Principal, por D. F. de Maderuza y Suárez.—Dolors, por D. Luis Vidart.—De casta le viene al galgo, proverbio, por D. Roberto Iraso y Pavlovicino.—Madrigal, por D. Feleúico Ureña.—Epígrama, por D. José F. Samartín y Aguirre.—Crónica de la semana.—Mirabeau, por Victor Hugo.

BROCHAZOS.

Carta de Juan Niega á su amigo Roque.

Mi querido Roque: hemos recibido las chucherías que mandas para tu abijo. ¡Tonto de mí! ¡Pues no iba yo á darle el almanaque cuando me pedía **LOS SANTOS!** Ya se vé, iquién podía figurarse que lo que el angelito quería era fruta! Vaya Vd. á entender al que no pide las cosas por su nombre, pero á esto te contestan, que si á cada cosa se le diera su verdadero nombre, nos asustaría el nombre de muchas cosas. Y mira tú, es muy cierto. Figúrate que así sin mas ni más te digera uno de buenas á primeras, Roque, vengo á llevarte todo lo que tienes. Como tú, á Dios gracias, no eres doncella para decir á todo *amen*, lo mas natural, era que no te dejases robar. Pero si te dice, señor don Roque, y te dá la mano, y te habla de honor, de gloria, de deberes sociales, y de fama postuma, y te pinta la exigencia con medias tintas muy dulces de probidad, algunos toques de justicia, y nada da sombras dé tiranía, aunque veas en el último término del cuadro una figura parecida á perro de presa, como está allá á los lejos y entre nubes, y tú no puedes sospechar que hasta en las nubes haya perros, ¿qué has de hacer sino soltar la presa? Esta es una de tantas ciertas cosas, que si pasara, á la categoría de cosas ciertas, se llamaría perrada. ¡Cuánto mas bonito es el nombre que hoy tiene!

Desde que el chico recibió la fruta no nos deja á sol ni á sombra. Parece el inocente un vástago del sistema tributario. Mira si sueña con ella, que leyendo yo uno de esos discursos, en que se nos dà por seguro que estamos ya en la antecámara de la felicidad, y á dos pasos de esta señora, como el muchacho me vió tan contento, se vino á mí gritando con los brazos abiertos; esa es castaña, papá. Bolsa, decía yo ojean-

do otra columna del periódico; los títulos del tres muy solicitados.—Mamá, mamá, en la bolsa están las castañas, y no quiere dármelas papá.—Deuda sin interés; no hay plata.—Esa no es castaña, papá, y ponla el angelito una cara al decir esto, que daba compasión. En un artículo de política exterior nos cogió el sueño, y al despertar, vino Angustias á recordarme que era dia de difuntos.

Los peros no le han gustado al chico, pero no lo extrañes. Como de Madrid nos envían continuamente tantos y tan hermosos... Y no vayas á creer que todos se crían allí. Los mas gordos son catalanes. Tienen un color doradito, que se mete por los ojos, pero clavales el diente. Mas agrios son que un empréstito forzoso. Esta fruta no puede comerse cruda, pero asada te gustaría. Tu abijo estuvo á la muerte por comer un pero, que sobre ser tan malo, no estaba en sazón, y desde entonces lo mismo es ver uno, le tiemblan las carnes al pobreocio, y por mas que le aseguro que los que tú has mandado no son catalanes, él contesta siempre; aunque sean franceses, yo no quiero peros. Y llora y patea, pero como la madre sabe tanto, le dá una castañita y.... santo remedio. Brinca de gozo, y se ríe como un tonto. Eso tienen de buenos los chiquillos; con cualquier cosa se les contenta. Mirá tú si una castaña no puede hacer mas daño que un pero. ¡Lo que hacen los pocos años! Dicha edad. ¡Con que exiges que te cuente todo lo ocurrido en casa desde que no te escribo! Vamos, por eso viene el porroncito de miel. Has querido mandar en gefe y empiezas con cuatro dedadas dulces. Ya puedes echar bellotas; no faltará quien te aplauda, y se las coma.

Yo, bueno á Dios gracias; y siempre con el deseo de dar una vuelta al mundo, pero Angustias no quiere salir de España, y yo sin mi mujer no doy un paso.

En la familia ha habido sus altas y sus bajas. Patrocínio se casó con Justo, y tuvieron fruto de bendición; Venturita; pero la niña voló al cielo, y ellos se han sepultado en el museo de antigüedades.

Maria de la Paz desde que salió de Navarra, empezó á enfermar. En Francia le iba muy regularmente, pero de la noche á la mañana se le pegó una calenturita, que la iba consumiendo por momentos. Los médicos la aconsejaron que se fuera á Italia, porque aquellos aires eran muy puros. Ella tomó el con-

sejo, y en Italia murió la pobre Paz. Cómo todos sus bienes los había repartido en vida, no dejó la infeliz ni un real, pero en Francia tenía amigos, y ellos corrieron con los gastos del entierro. Inglaterra tendió el anteojito, que es su mano derecha, y dijo *very wuell*, que significa *acompañó a Vds. en su sentimiento*; ó cosa parecida. Son muy finos los ingleses.

Esperanza en Cienfuegos, Candida en Sacrificios, Milagros en el Río de la Plata, y Nieves en París de regreso de Méjico.

Caridad en el Imperio Celeste. Por si no vuelve, hace aquí sus veces una comedianta que nos tiene siempre divertidos, porque así se disfraza de toro como de turca, y juega y baila y canta que es un primor. Posée una buena voz, que es lo que priva. En esta parte hemos ganado, porque la difunta era muda.

De Modesta hace burla toda la vecindad, pero un saboyano la obsequia, porque con bichos raros buscan su vida estos infelices.

Dolores no encuentra quien la quiera. A Virtudes le sucede lo mismo, y Clemencia no tiene boca para despedir á importunos.

De Remedios nada te digo porque nada sabemos. Tuvo unas contestaciones con la familia y se marchó jurando que no volvería por España. Consuelo se fué con ella, y tampoco ha vuelto, aunque nada juró.

Mercedes en Madrid, pero se ha dado tan poca importancia que nadie hace ya caso de Mercedes.

Prudencia cada día mas consumida. Se nos va por la posta, y es un dolor, porque hace mucha falta Prudencia.

Refugio en Manila. Allí le va mejor de su ahorcado.

Transfiguración en Viena, y Clarita en Berlín. ¡Y si vieras qué bien se va explicando! Así tiene á todos con la boca abierta. Ya habla el alemán, y el ruso, y el italiano, y está aprendiendo el griego, y á su tiempo se enredará con el inglés, y al francés no le entra, porque dice que tanto *vous*, *vous*, no sirve más que para asustar chiquillos.

Victoria deslumbrando á los jugadores con prendas de acero, pero como los triunfos son lágrimas y sangre, el hierro perderá su brillo y ella el juego, que la moneda de Victoria debió ser el talento, persico, babilónico, ó don del cielo, que es el mejor de los talentos.

La desventurada Polonia con tubérculos en el pulmón, pero tan hermosa, que aun dormida, quita el sueño á sus rivales.

Por lo dicho vendrás en conocimiento de que no hay que contar con Paz, Refugio, Consuelo ni Remedios. Solo quedan en casa Angustias, Dolores y Virtudes, que no levanta cabeza desde que perdió el pleito. A Prudencia cuéntala con los muertos. ¡Mira cuán reducida una familia tan numerosa!

Me parece que no te quejarás; he cumplido tus órdenes al pie de la letra, y si algo me dejó en el tintero es por no manchar de borras el papel, que tiene muchas el tintero de casa. Pagado y con creces el regalito, voy á contestar tu carta, que pica en historia.

Has de saber que entre mis muchas debilidades tengo la de creer, impresiones del viage, que es un crimen combatir el error, porque siendo la mentira el alma de la sociedad, no podemos sin ser legisladores ó médicos, separar impunemente un alma de su cuerpo. Esto será todo lo estúpido que tú quieras, y yo te doy desde luego gracias por la lisonja, pero en puntos de conciencia he sido siempre tan severo, que

ocasiones ha habido en qué por no matar, ni el hambrón. Escrupulos de monja ó de *fraternité mineral*, que *permítame Vd. por Dios, hermano*, es en sociedad moneda corriente.

Hecha esta humilde confesión, claro es que tu franqueza no me agrada. El reinado de la verdad ha de empezar por un trompetazo, y para darlo se necesitan alas. Por no tenerlas ha habido tantos mártires.

Venirsenos con la rancia teoría de que dos y dos son cuatro, cuando nos asusta la idea de llegar á saber cuantas son cinco; atreverse á indicar que son telas de araña esos veneros de riqueza, que tanto papel han hecho; sostener que un valor, para ser tal, ha de poder encontrar siempre que lo busque, su equivalente en ese regulador universal, á veces niño pródigo y antojadizo, á veces viejo avaro y cruel, que se llama moneda; no permitir que el dorado sustituya al oro, como los honores al honor, la audacia al talento, y la ostentación á la caridad, si no es venir trasparecido de la biblioteca económica de Herodes, es por lo menos remontarse á los tiempos de la andante caballería.

Baja de esas alturas al mundo maravidi; no me atrevo á llamarlo real por no despertar al señor ministro de Hacienda. Baja y verás que en esta mansión de delicias no hay como los franceses para conmover y arrebatar.

Aquí un perfumista ofrece aceite para que retoñe el pelo hasta en el cuero de sus botas, y si no las presenta bramando, es porque eso lo harán los consumidores.

Allí un Dulcarnara administra píldoras, que curan todas las enfermedades, y si no mata la estupidez, es porque de ella vive.

Este quita manchas y algo mas que no dice. Aquel traslada lunares de la conciencia al rostro. Uno dà la manera de roer huesos, y otro en fin, mas atrevido, mas sublime, mas artista, convierte el algodón y el alambre en una mujer, toda vapor, toda ilusión, que no hay mas que ver para morirse, lo menos malo si de amor se trata.

El estudio que han hecho de su siglo, reverbera en sus bazares.

Leche virginal para que frutas maduras se vuelvan verdes, y estufas para que las verdes maduren. El fuego se improvisa con cualquiera de sus novelas. Lágrimas de vidrio; coronas para los vivos y para los muertos, que la vanidad no retrócede ni ante la tumba; fétido en oro de buena ley; amor, en opiatas; virtud, en cosméticos; honor, en pebeteros; amistad, en bolas de jabón; caridad, en brúñido mármol, y esperanza.... en la misericordia infinita, que nos sacará de este infierno. Así encontramos el mundo, y así lo dejarémos, que es la mentira el alma de la sociedad, y combatir el error asesinarla.

¡Y á dónde nos llevará esta farsa? me preguntarás. A la nada, y como de ella salimos, habrémos hecho un viage redondo, carillo si se quiere, porque hay que perder el corazón, pero divertido. Sacamos en limpio que la vida humana es un bonito viage, y nosotros muy felices.... cuando llegamos á tierra, que el mar cuesta muchas lágrimas aunque le llamen Pacífico.

Sabes que siempre es tu amigo el angustiado JUAN NIÉGA.

F. S.

Revista Gaditana.

PERIÓDICO

DE INTERESES MATERIALES, CIENCIAS, LITERATURA, COSTUMBRES

Y TEATROS.

DIRIJIDO POR D. VICTOR CABALLERO Y VALERO.

SUMARIO:

Se acabaron ya los lios, por D. F. S.—Al Amor, por D. Victor Caballero y Valero.—Crítica literaria, por D. José Pereira.—Un Recuerdo, por D. Manuel A. Yáñez.—Crónica de la semana.—Advertencia.—Ecos de Maipulmante, por D. Juan M. Marín.

SE ACABARON YA LOS LIOS.

Las felicitaciones y parabienes, que diariamente recibimos de todas las jóvenes; los risueños semblantes y alegres cánticos de los zapateros; la actividad, que se nota en la compra del tabinete, blandurilla y huevos gallegos, y sobre todo el orden y la docilidad con que han entregado las gaditanas las almohadillas y zarandajas mandadas recoger por el sabio decreto publicado en el artículo, que con el epígrafe de *Títulos falsos*, se insertó en el número 10 de esta Revista, han llenado nuestro corazón de tal júbilo y satisfacción, que sin poderlo remediar hemos llorado. Lágrimas de gratitud, ¡qué hermosas sois! No esperábamos menos de tan culta población, pero ¡viví cierto es que en todo apostulado ha de haber un Juicio!

En la noche del 25, noche de gratos recuerdos para los amantes de las luces, una parte heterogénea del bello sexo, quiso turbar la tranquilidad pública. Ya sospechábamos nosotros que habían de fráguez alguna trama contra el nuevo orden de cosas establecido. Creyeron quizá que dormíamos tranquilos sobre nuestros laureles mientras nos minaban el terreno. Fatal error, que pagaron bien caro.

Si fuésemos militares haríamós la descripción de la batalla por medio de un parte detallado, sonoro y campanudo. No hay duda que así se dá cierto realce á las acciones heroicas, y á las que no lo son, pero ¡están ya tan gastados estos recursos! ¡Hay tantos incrédulos! Por otra parte, deseando dar á nuestras bellas un público testimonio de gratitud y de reconocimiento, creemos que haciendo en un drama la reseña de todo lo ocurrido, lo acogerán favorablemente, recibiéndolo como un regalo para las próximas pascuas, ya que no podemos dar un borreguito merino á cada una, como hubiéramos deseado.

Dejamos al público el cuidado de juzgar nuestra

obra. Nosotros nos limitaremos á decir que es muy buena, pero esto no pasa de una opinión.

GRANDIOSO MELO-MIMO-DRAMA-HISTÓRICO Y MITOLÓGICO
EN UN ACTO, INTITULADO

UN JAQUE MATE.

Interlocutores:

Una encubierta, que se dice Generala de división.—Quinientas mujeres que no hablan. *No tendrá nada de particular que esto sea mentira.*—VENUS.—CUPIDO.—VULCANO.—CÍEN CICLOPS.—LA PANCA.—EL REVENTE DE LA REVISTA GADITANA.—UN REDACTOR.—SEIS DEPENDIENTES DE LA IMPRENTA.—CÍEN LATAS DE TABACO CUCARACHERO.—ESSENTA RATONES.

La acción pasa en Cádiz en la noche del 25 de Noviembre de 1867.

ESCENA PRIMERA.

Alameda. Salón de Cristina.

Aparecen las quinientas mujeres con tigeras, escobas y otras armas todas de fuego conto estas. La generala en medio de ellas.

GENERALA.

Ilustres tabacosas compañeras. El momento del triunfo se acerca. Peliguda es la obra que traemos entre manos, pero por fortuna tenemos á la cabeza una mujer de talento y de valor. Esa soy yo. Muy pronto vereis que no me mamo el dedo.

UNA DE LAS QUINIENTAS (aparte de sus compañeras).

¡Qué pronto se ha llenado de orgullo la muy puerca!

GENERALA, (sin oír el requiebro).

El ultraje que hemos recibido reclama una venganza sangrienta.

VARJAS DE LAS QUINIENTAS (todas á un tiempo, como de costumbre).

—Y pronta, que ya me estoy durmiendo.

—Y que hace mucho frío.

—Yo estoy temblando.

TODAS.

Y yo, y yo, y yo....

GENERALA (*impasible*).

Soy jóven todavía. No cuento mas que cincuenta y cinco años, pero tengo el aplomo de una mujer de ochenta. Nada temáis. Atención, que voy á mandar la maniobra. Echemos á andar juntitas como van los soldados. Con que... Al avío. Yo iré detrás para que ninguna se vaya. (*Aparte*) Y para poder correr en caso necesario.

ESCENA SEGUNDA.

Imprenta de la Revista Médica.

Aparecen en la escena el regente, el redactor, los seis dependientes. Sobre una mesa las cien latas de tabaco y en un baúl los sesenta ratones. Al frente en último término una chimenea.

REGENTE.

Bien le dije á V. que este negocio iba á tener malas consecuencias.

REDACTOR.

No sea V. niño. Todo eso no vale la pena. Esos son los últimos acentos de un porjibundo.

REGENTE.

Pues llegan á quiéntas las conjuradas, y muy pronto caerán sobre nosotros...

REDACTOR.

¡Y qué nos importan quiéntas viejas, cuando hemos salvado á tantas jóvenes! No es posible gobernar á gusto de todos.

UN DEPENDIENTE.

¡Ya llegan, ya llegan!

REGENTE.

¡Cómo hemos de entendernos con tantas!

DEPENDIENTE.

Lo mejor sería capitular.

LOS OTROS CINCO DEPENDIENTES.

Nunca. Priérolo la muerte que la deshonra.

REDACTOR.

Bien, muy bien, hijos míos. ¡Españoles sobre todo! Seamos la segunda edición de Sagunto y de Numancia, heróes capitular, jamás. Dispuestos estamos á morir.

REGENTE (*aparte*).

Eso será lo que tase un sastre.

ESCENA TERCERA.

Dichos y una de las quinientas, que es edecana.

EDECANA.

Mi Generala desea conferenciar con ustedes antes de meter mano á los manojos.

REDACTOR (*con tra concentrada*).

Que venga su señoría.

Aquí está ya.

EDECANA.

ESCENA CUARTA.

Dichos y la Generala.

GENERALA.

Quisiera ver á cualquiera de los redactores.

REDACTOR.

Puede V. decir lo que guste. Soy uno de ellos.

GENERALA.

En ese caso, ¿podrá decírmel quién es el que ha declarado guerra á muerte al bello sexo?

REDACTOR.

¡Guerra al sexo bello! ninguno, señora. Ninguno.

GENERALA.

¿Con que no, eh? ¡Y ese bando? ¡Y esa proclama? El infierno entero se ha desatado contra nosotras.

REGENTE (*aparte*).

No lo sabes tú muy bien.

REDACTOR.

Tranquilícese V., señora. Esa proclama y ese bando lejos de perjudicar á nuestras hermosas, las prepara un halagüeño porvenir.

GENERALA.

Sí, sí, muy halagüeño. Han arruinado Vds. á las tres cuartas partes de la población, pero este crimen no quedará sin castigo. A eso venimos.

REDACTOR.

¡Y qué se exige de nosotros?

GENERALA.

La derogación de la ley, que nos arruina.

EL REGENTE Y LOS SEIS DEPENDIENTES.

Jamás, jamás (*Cantando en tono de dó menor*). Si queréis sangre, sangrè tendremos....

GENERALA.

Ese tono tiene tres fomeles. ¡Van á cantarme el trágala, señor redactor!

REDACTOR.

Callad ya, ruiñores. La señora Generala no está ahora para músicas.

GENERALA.

Dice V. muy bien. Tengo la cabeza como una olla de grillos, pero cuidado que esta no es grilla. Voy á explicarme sin rodeos. Quisiera que estuviésemos solos. (*A una señá del redactor se colocan en último término, formando un semicírculo, la edecana, el regente y los seis dependientes. La edecana procurará no perder ni una sílaba de cuanto se hable. Es mujer. Pa' lo hemos dicho antes.*)

GENERALA (con mucho misterio).

Que yo soy una señora lo están diciendo mi traje y mis finas modalidades, y que no soy un saco de poja á la vista está. (*Puede mentir á su gusto porque no habrá mas luz que la de un candil, que deberá estar tan mustio y triste como un cesante.*)

GENERALA (continuando su elocuente discurso).

Pues bien, si el ejército que me sigue y yo disfrutamos todavía de la reputación de bellas, al arte es á quien debemos esta dicha. Soy franca, señor redactor. Almas en pena parecemos las ocho de la mañana, pero diez ó doce horas de locador hacen una transformación admirable. Este color sonrosado, estos dientes, que parecen piñones, mi preciosa y torneada trastienda del vientre, todo, todo es obra del arte. Mi hermosa cabellera es un recuerdo de amistad. Otra cabeza se adornó con ella.

REDATOR.

Su nombre de V., señora, su nombre. (*Aparte.*)
¡Si será Satanás!

GENERALA.

Mi nombre no hace al caso, pero para que se convenzan de que es la verdad pura cuanto le he dicho, allá vá mi retaguardia. (*Suelta dos cintas y deja caer una albarda de algodón forrada en miriñaque.*)

REDATOR (admirado).

Mucha trastienda tiene V., mi Generala!

GENERALA.

Regular, regular. Cinco arrobas escasas. Ahora véame V. sin peluca. (*Mientras se la quita, uno de los dependientes echa aceite al candil.*)

REDATOR.

¡Jesus mil veces! ¡Qué sea es mi Generala!

GENERALA (con dignidad).

Ya yo lo sabía. Hace 55 años que me dieron esa noticia.

REDATOR (dándose una palmada en la frente).

Pero V. es, sí, sí.... no me engaño. V. es la ocasión. Compañeros, á ella. A la ocasión la pintan calva. La señora Generala es la ocasión.

GENERALA (furiosa).

Me han reconocido. ¡Por qué me quitaría yo la peluca? (*Dirigiéndose á la tropa que avanza*). Atrás, infames. Reparen Vds. que soy la suegra de....

REDATOR (echando baba de coraje).

¡Es una suegra! ¡Qué horror! Siempre han de seguirme estos avichuchos. V. debe morir, señora, V. debe morir, no hay remedio. ¿Quién le ha dicho que las suegras pertenecen al bello sexo? ¡No han engañado ya bastante! Antropófagos, quieren Vds. todavía más víctimas? Pues no, no las habrá. Dí mico, que no te darán en el pico. Compañeros, á las armas. Viña el bello sexo.

TODOS.

Viva.

REDATOR.

Mueran las suegras.

TODOS (menos los dolientes).

Mueran.

Al ver la edecana que la cosa se va poniendo fea, sale á llamar á sus compañeras. La Generala saca unas tigresas y una daguilla de hacer calcetas. Las quinientas mujeres aparecen por el foro. Trábase el combate. Los muchachos de la imprenta empiezan á repartir las latas de tabaco. ¡Aquél ejército olvida la disciplina y se deja sobornar! En el calor de la refriega el regente de la imprenta da larga á los sesenta ratones. Entra la dispersión. La Generala que lo observa, quiere suicidarse, pero en vez de darse el golpe con las tigresas, se lo da con la daguilla, y empieza á echar libras de algodón en rama por el pecho. Asoma Cupido por las bambalinas á dar parte de que viene á la fiesta su mamá. Efectivamente, al poco rato aparece entre nubes Venus, con mantilla de tiras, saya de cachucha, y zapatos de tabinetín. El redactor de la *Revista Gaditana* se pone tan hueco al ver que hasta el Imperio ha aprobado la reforma. A una voz de Venus salen de la chimenea Vulcano y los cien ciclopés para recoger todos los prisioneros. Una clara luz ilumina la escena y en último término aparece la Muerte con la guadaña levantada en ademan de dar MULÉ. Todas estas escenas han de ser muy rápidas. Venus desde su trono de nubes, dice á las fácetas:

Viejas infames, de morir es hora,
Orgullo y prestíncion la Parca abate,
Y al levantar su diestra vengadora,
Vá á daros sin remedio JAQUÉMATE.

La Generala tararea la plegaria de la Norma «Casta Diva.» Las quinientas hacen el coro con llanto, convulsiones, congojas y ataques de nervios. Empieza la matanza, y cae el telón ocultando un espectáculo tan horroroso. El público llorará como viuda rica, es decir, muy poquito, pero convencido de que en circunstancias críticas hay que adoptar medidas extraordinarias, gritará entusiasmado. Es verdad que ha habido víctimas, pero

SE ACABARON YA LOS LIOS.

F. S.

A L AMOR.

ROMANCE DE OPOSICION FURIOSA.

Oye, rapaz, ¡hasta cuando
Vas á tenerme sufriendo
Las pesadas consecuencias
De tus caprichosos juegos?
Basta, chico, que ya estoy
Desesperado y enfermo,
Y no es justo que me mates
Como si fueras mi médico.
Me has hecho beber mas agua
Que encierra el mar en su centro,
Por ver si apagar podía
La llama que ardo en mi pecho;
Está demás que te diga
Que no conseguí mi intento,
Y voy, si tú no me dejas,
A asegurarme de incendios.